

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

D. Nilo María Fabra.

La muerte nos ha privado de otro querido amigo y compañero, cuya defunción viene á hacer el número 14 de nuestros muertos.

Fabra, además de un escritor humorista de primer orden, ha sido el precursor en España de todos los sistemas de información extranjeros, y la prensa moderna le debe grandísimos servicios.

Al rendir á su memoria el tributo de publicar su retrato, y al dar prueba pública de nuestra pena saludando en estos momentos á toda su familia, dejamos á otro querido compañero nuestro y amigo íntimo de Nilo que dé á los lectores de GENTE VIEJA idea de lo que fué aquel distinguido caballero, escritor correctísimo y trabajador infatigable.

INSTANTÁNEA

En la tarde del 25 de Abril, y por tristes coincidencias de la vida, tuve que presidir, en unión de un doctor en Medicina, un sacerdote y un pariente de Nilo María Fabra, el duelo mortuorio, en el tristísimo acto de dar sepultura al cadáver de este fraternal amigo mío durante medio siglo.

En la agitación de los primeros momentos todo mi interés se concentró en el consuelo de los afligidos parientes y en las muestras de simpatía y dolor de la Agencia Havas, de París, y de la que lleva en Madrid el nombre de mi llorado amigo. Después, durante el largo camino por polvorienta carretera, detrás de la carroza que conducía el cadáver, mi imaginación evocaba involuntariamente recuerdos de muchos años que pasaron y de muchos sucesos en que intervinieron otros que se han adelantado al pobre Nilo en el último viaje, y algunos, muy pocos, que, como yo, se han quedado aquí para enaltecerles y honrarles....

No era posible que yo me substraiese á la regla general de fundar á los veinte años un periódico, uno de esos periódicos que se crean contando con la peseta del pariente y del amigo, que duran dos ó tres meses y que desaparecen por ensalmo, teniendo que empeñar el reloj para pagar el último número á la imprenta, ó la última resma al almacenista de papel.

El mío se llamaba *La Idea*, y se publicó durante el último trimestre de 1860.

Por entonces, uno de mis camaradas — creo que Rafael Nieva,—un soñador de ideales que era á la vez racionista en el teatro del Príncipe, me hizo entrega de un folleto de *Poesías*, impreso en Barcelona, y del que era autor Nilo María Fabra, joven de diez y siete años. Aquel ensayo de un poeta novel me facilitaba á mí la ocasión de ejercer el magisterio de la crítica, y lo hice con verdadera solemnidad, dedicando un par de columnas al examen del folleto.

Pocos días después se presentaba en mi casa un muchacho algo más joven que yo, flaco, de facciones duras, melenas descuidadas y lacias, mal trajeado y conservando un acento catalán que le prestaba cierta rudeza á su voz. Era Nilo Fabra.

Me habló como agradecido, y yo como protector y consejero; me confesó que venía á Madrid á probar fortuna con el cultivo de las letras, y yo le dije lealmente lo penoso del medio y lo problemático del fin. Nos espontaneamos del todo, quedamos como los mejores amigos del mundo, y pocos meses después, dadas las corrientes de fraternidad entre jóvenes de análogas condiciones y que no tienen una peseta, habitábamos juntos en un sotabanco de la plaza de Matute, al que él y yo, y otros como yo y como él, bautizamos modestamente con el nombre de "la guardilla de los genios."

* *

Varios éramos los que habitábamos en ella, y



NILO MARÍA FABRA

varios más los que la frecuentaban por analogías de aspiraciones; algunos lograron más tarde justa celebridad, otros tuvieron prematuro y desastroso fin; pero nunca desde entonces se han apartado de mi recuerdo y de mi cariño los que en vida se llamaron Rafael Tejada, Ricardo Figuerola, Guillermo Forteza, Rafael Calvo, José Montenegro, Gregorio Perogordo y Darío Céspedes, y los que aún viven y se llaman Pablo Bosch, Rafael Nieva, Donato Jiménez y pocos más.

Período de luchas y desencantos, de escaseces y alegrías, de guardarropa común y bolsillo poco menos, de inviernos sin capa y de días sin pan; todos teníamos algo que sustituía las faltas: la hermosa juventud, la despreocupación, el encanto de aquella vida de bohemia, en que por entonces no intervenía para nada un factor muy generalizado hoy: la taberna.

Nilo Fabra, como todos los demás, conservaba

las ilusiones y trabajaba y aumentaba el número de sus composiciones poéticas; por entonces fué premiado en unos juegos florales su canto épico á la *Batalla de Pavia*, como á mí me premiaban unas *Biografías de hijos de Jerez*, y otros excesos.

Pero aquellas flores de metal y aquellas medallas no aumentaban nuestro bienestar material, y Fabra empezó á acariciar otros pensamientos y á perder la afición á la poesía lírica. Su carácter de hombre activo y de negocios empezaba á revelarse, y Guillermo Forteza, á quien la posteridad no ha hecho aún completa justicia, leyó en el porvenir de todos y predijo, refiriéndose á él:

—Este es el único que hará fortuna.

Acaso se había fijado en que Nilo no solía jugar nunca á la treinta y una en los billares del café del Prado, ni muchas veces nos acompañaba á los demás á ganarnos gallardamente algunos reales en el dominó "al pase", ni nos acompañaba cuando realizábamos algunos gastos inútiles, y que, en cambio, buscaba la compañía y la conversación de personas graves y devoraba todos los periódicos, interesándose notablemente si el Zar hacía un viaje, ó el Emperador Napoleón fruncía el ceño, ó estallaba un motín en Nicaragua ó se sentía un terremoto en Honduras.

* *

Todas las manifestaciones de su juventud fueron precursoras de los actos de su vida.

Había en la manera de ser del joven Nilo una circunstancia personalísima y que le hacía objeto de las burlas de sus compañeros: el empeño de averiguar, la tenacidad en la pregunta, la impaciencia por completarla, sin dar tiempo apenas para las contestaciones.

—¿Conoces á Fulano?—Y sin tener en cuenta la respuesta, que podía ser negativa: —¿Cómo se llama?—¿Qué hace?—¿De qué familia es?—¿Gana mucho?—¿Es soltero?....

Lo mismo que había de hacer después durante cerca de cuarenta años: perseguir incansablemente la novedad, seguir la noticia, apurarla en todos sus detalles y lanzarla á los vientos de la publicidad.

Un día nos anunció un importante cambio de vida. Le habían ofrecido una plaza de redactor en un periódico que se publicaba en Londres en lengua española. Preparóse para el viaje; nos dió un banquete de despedida (café con tostada) en el café de la Rueda, existente en un callejón peligroso que, partiendo de la calle de Sevilla, donde ahora edifica su casa el Banco Hispano-Americano, salía á la de Alcalá, donde actualmente están las oficinas del *Heraldo* y los Teléfonos. Le despedimos con pena, por haber sido un compañero excelente, y á los ocho ó diez días le vimos de regreso en Madrid. Había desistido de marchar á Londres, porque en el puerto de embarque vió que le habían tocado 40 duros á la Lotería, y su-



ponía, con menos candor del que sus compañeros le atribuíamos, que la Lotería pudiera ser un elemento de vida. La suerte, en diferentes ocasiones posteriores, le dió la razón, y se vengó de nuestras bromas.

Otro detalle todavía de la tesis de estos párrafos: El primer periódico formal en que escribí en Madrid fué el titulado *La Bolsa*; las últimas preguntas que, poco antes de su muerte, me dirigíó mi pobre amigo, fueron las de los tipos de cotización de los fondos públicos y el del cambio internacional.

* *

Los periódicos han recordado que en 1865 fundó Nilo el Centro de Correspondencias, base de la Agencia de su nombre; que en 1870 asocióse ésta á las de Havas, de París, y Reuter, de Londres; que, como corresponsal del *Diario de Barcelona* —el *Brusi*, como le llaman los catalanes,—asistió á la guerra franco-prusiana; que en 1875, y desde la fragata *Navas de Tolosa*, dió cuenta al *Diario*, por conducto de una paloma, de que el Rey Alfonso llegaba á playas españolas; que ha sido Senador, Diputado, Gran Cruz, Académico correspondiente de la Española, autor de preciosos libros de crítica política y social.

Nada de esto he de repetir, parafrasear ni amplificar.

Diré sólo que su representación esencial, su característica, su idiosincrasia, era la información, la noticia, el suceso del momento, averiguado y transmitido en breves instantes, en sus comienzos por la estación telegráfica que estableció en Vallecas, después por las líneas generales de Telégrafos y por los teléfonos interiores é interurbanos.

* *

París, á todas horas y en todos los momentos; Londres y demás capitales europeas, con mucha frecuencia; todas las capitales de España y todas las de la América española, constituían su constante preocupación, su labor incesante de todos los días y de todas las horas, y el trabajo que realizaba por sí mismo, y que impulsaba y dirigía desde sus oficinas, desde el Casino de Madrid, desde el teatro, desde su casa....

Cuando en los últimos días dejó de sonar el timbre del teléfono de la Agencia para transmitir órdenes, encargos y recomendaciones de su director, ninguno de los funcionarios á sus órdenes se forjó ilusiones.... Fabra estaba herido de muerte.

Y, con efecto, aquel trabajador incansable, aquel espíritu inquieto, aquel hombre de voz áspera y carácter enérgico, que podía parecer rudo á los que no le conocían bien, pero que era en el fondo todo bondad, y sencillez y amor, había fallecido en la tarde anterior á aquella en que, lenta y pausadamente, seguíamos el carro que conduce desde el casco de Madrid al cementerio de la Sacramental de San Justo.

* *

Mi inolvidable amigo deja un hijo que lleva su mismo nombre y que cuenta poco más de veinte años.

Es un muchacho guapo, simpático, que ha leído mucho y escrito algo, con excepcionales facultades, aunque acaso demasiado modernista; que tiene grandes aficiones y aptitudes para el arte escénico, y que.... hasta se matricula todos los años en la Facultad de Derecho. Le quiero mucho, y creo que él me quiere también.

Si este cariño sirviera para mantener el prestigio que tuve sobre él cuando yo dirigía periódicos

infantiles y él actuaba de niño precoz, desfrutando charadas y jeroglíficos, yo le diría:

“Tu padre te ha legado algo más que una posición desahogada: te ha legado un nombre honrado y un noble ejemplo. Cuida siempre del primero y sigue el segundo; y de este modo, cuando llegues al término de tu viaje, lo harás con la tranquilidad del que á ti y á mí nos ha precedido, sin dejar una sola odiosidad detrás de ti, y sí muchas simpatías y muchos gratos recuerdos.”

OSSORIO Y BERNARD.

....ALLES FÜR ALLE

Desde que nos dieron *Les Remplaçantes* y *Les Avariés*, creí que no nos esperaba nada nuevo en materia de teatro *medical*, como dicen los anuncios de jaropes extranjeros; pero *El nuevo ídolo*, que Zacconi ha exhibido, se me antoja mucho más realista que aquéllas; y sobre todo, representada durante un Congreso Médico, más que comedia, parece un horrible sarcasmo. ¿Conque es posible que un médico pronostique la muerte de una enferma, que le inocule otra enfermedad á guisa de experimento, seguro de curar ésta, y luego resulte la curación espontánea de la primera y la imposibilidad de curar la experimental? Qué bien hizo quien cambió así el aforismo de Hipócrates: *Ars, natura invita, ad mortem conspirans!* No digo que Zacconi se haya propuesto molestar á nuestros ilustres huéspedes; pero me parece.... Y además —como decía Moratín—si hay comedias que debieran representarse en la plaza de toros, las de ahora debían serlo en el anfiteatro de San Carlos....

¡Y poco que me ha preocupado á mí el Congreso Médico, con esas reuniones en que se lucieron tapices de la Real Casa en las salas de la Casa de la Villa, como si fueran de propiedad de ésta; algo así como las manolas que alquilan pañuelos de Manila para ir un día á la Cara de Dios! Porque los extranjeros habrán creído que aquí discute á diario el Municipio las cuestiones de alcantarillado, envuelto en tapices de los Gobelinos! Y gracias que no han reñido, como casi estuvieron á punto de ello, los de la prensa médica, sin duda por la influencia de nuestro ambiente, que debe ser esencialmente antiparlamentario. Pero, en cambio, valiente susto me han dejado, con lo aprensivo que yo soy. ¿Conque, además de los tranvías, de los mauser y de los estacazos electorales, hay todos esos medios de morir, sin contar las muertes *post-operatorias*, vamos, como experimentales, á estilo de *El nuevo ídolo*? Y si no se ponen de acuerdo para la curación, como no se pondrán, aunque tengan, como el jefe de cierto partido ha dicho, soluciones para todos los problemas políticos, como el yankee Munyón para todas las enfermedades, ¿qué va á ser de nosotros?

Por supuesto, que eso de enseñar, con láminas y todo, á extirpar cierta glándula (de cuyo nombre no quiero acordarme), y de desear que haya ocasión de emplomarle á uno una tibia ó un fémur (no dirán que soy ignorante), como quien emploma una cañería, me parece horripilante. Al leer que la concurrencia aplaudió la teórica de la prostatectomía (?) ilustrada con láminas, se me ocurre preguntar: ¿Asistieron señoras? ¿Qué sé yo! ¿Como van á todas partes!....

La nota simpática, para mí, la dió el Dr. Cor-

tezo. Los extranjeros, y especialmente los franceses, que se glorían de no conocer más lengua que la suya, se habrán admirado de oír cada uno el saludo del eminente médico en su propio idioma, como lo oyeron los primeros cristianos de boca de los Apóstoles después de Pentecostés. Verdad es que ha adelantado un poco la fecha, y ha hecho el milagro en la semana de Quasimodo. Nuestro aplauso y nuestra admiración al sabio médico (muy debido desde un artículo que lleva un epígrafe extranjero; *Alles....*), por lo que nos honra como españoles ante los demás. La sesión inaugural tuvo también algo de torre de Babel. Generalmente dominó el francés; pero nuestra hermosa lengua tuvo digna representación hasta en los enviados de Suecia y Dinamarca, que hablaron en castellano, y, por supuesto, en nuestros hermanos de América. El de Portugal hizo un discurso bilingüe; y si esto se les ocurre hacer á los demás en las discusiones científicas, ¡cualquiera es capaz de seguir sus trabajos! Algo va á quedar del Congreso: por de pronto, he visto un anuncio que dice así: “C...., odontólogo.” Le compadezco, porque se va á quedar sin parroquia, excepto la de los catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras. ¡Odontólogo! Es como si una comadrona pusiese: Tocóloga, ¡Qué parroquia haría por las calles del Olmo y del Sombrerete!

* *

Dicen que se debe saludar la bandera siempre que en público aparezca, y dicen también que se han repartido banderas á las delegaciones, para ondearlas en el momento de empezar á pegar trastazos al pobre transeunte. De modo que es posible que á alguno, muy respetuoso con el emblema nacional, le suceda lo que á aquel devoto de 1800, que, pasando de noche por debajo de un balcón, oyó decir á una criada: “Alabado sea el Santísimo”, en vez de decir: “Agua va”, y se quitó el sombrero para saludar tan santa invocación, recibiendo el contenido del barreño sobre la devota calva. Es muy posible que, al ver una bandera, echemos todos á correr, con sombrero y todo, para no recibir una conmoción cerebral. ¿No hay otro medio menos irrespetuoso de hacer la fatídica señal?

* *

Estos jóvenes modernistas son deliciosos. Escriben, y á los pocos meses se les olvida lo que han dicho, sin duda porque todo lo pasado no debe tener ya realidad objetiva, como nos decía Salmerón, que anda ahora viendo si la tiene ó no su jefatura, ó es, como en Valencia, puramente *inmanente*. Con motivo de una estadística desconsoladora de nacimientos ilegítimos, llora un joven escritor la corrupción de nuestros tiempos; no le importa que cada día se haga un nuevo y prodigioso descubrimiento, pues dice que con todos ellos no se ha podido impedir que 33 niños de cada 100 no tengan padre conocido. Que la propaganda religiosa es ineficaz (?); que esos niños, ya hombres, se reirán de todas las teorías morales, y no verán en su madre sino una mujer que se entregó al hombre.... por vicio.

Pero carísimo escritor, ¿no nos dijo usted en esas mismas columnas que las mujeres de fuertes caderas y sencillamente ateas eran su bello ideal? ¿No nos dijo que ya no debía haber celos trágicos, y que cómo impedir que se busquen las manos de dos que se adoran, con otras atrocidades de este calibre? ¿Y se extraña usted de que alguna de fuertes caderas que leyó su artículo lo haya puesto en práctica? Porque de la práctica de sus doctrinas es de donde salen esos 33 chicos sin

papá, no de la ineficacia de la propaganda religiosa, que, gracias á las libertades modernas, no puede hacerse más que en el templo, y á ese no van las damas sencillamente ateas, con caderas fuertes ó flacas, sino las que saben que se puede impedir eso de buscarse los que se aman. Se puede ser modernista, bueno; pero, ¡por Dios!, hay que ser lógico y sufrir las consecuencias de la doctrina; no ser como D. Juan de Robres: hacer el santo hospital, lamentarse de un mal, y haber hecho también los pobres.

*
* *

El Congreso Médico y las elecciones nos han traído algunas novedades. En.... en honor de un candidato se ha corrido la pólvora, y se le ha recibido con caballos de cartón, saliendo los moros haciendo zalemas.... Y dirán ustedes: bueno; eso de la pólvora será en Marruecos. ¿Pero es que se ha implantado allí ya el sufragio, ó qué candidato es ese? Pues no, señor; todo eso es en España; por eso no he querido poner el nombre de la morisca, aunque electora, localidad.

Y otra novedad es la nueva marcha estrenada en el Congreso Médico.

Teníamos el himno de la *Carta* (nombre que, como todo lo de Portugal, *Ajuda, Necesidades, das Penas*, me hace mucha gracia); teníamos el *Himno de Riego*, más conocido por la *Marcha del Nuncio*; el *God Save the King* (cuidado, que ya no es *Queen*, según me ha dicho en confianza el Dr. Cortezo); la *Marcha de Infantes*, y aun la *Marcha Doctoral*, que oíamos de estudiantes en el Paraninfo el fatídico 1.º de Octubre, San Lucas moderno; pero lo que no teníamos era la *Odontologen Marsch*. Ahora me explico lo del letrado *Odontólogo*; si la marcha esa se hace popular, como la de *Cádiz*, todo el mundo entenderá que ese señor es músico de lo de *Odontologen*, y puede que haga parroquia por ahí.

*
* *

Conste que no he llevado á votar *boina* ni gorro frigio, como dicen que se iba á hacer en Barcelona, y de ahí al voto público no hay más que un paso, que es lo que debía ser.

Y que cada elector autorizase con su *firma* la papeleta; así no votarían por sustitución ni votarían los muertos. ¿A que no se hace una ley en este sentido, mientras no se cae en la cuenta de abolir esa *tontería* del sufragio, destinada á dar la vuelta al mundo, como decíamos antaño? Porque de otra suerte....

Todo se vuelve decir que se ha amedrentado á los electores, ó que se les ha dado á 25 duros por barba.... ¡Yo no sé qué idea tan pobre tienen de los que tenemos, aunque mermado, el augusto derecho! Parece que se van á asustar de ver uno con garrote á la puerta del colegio (puede que por eso, por creerlos niños, se llame colegio), ó que les van á engañar con un *cheche*. Debo declarar que á mí nadie me ha ofrecido ni un caramelo, y ni siquiera me han enviado ni unos ni otros papeletas.

Pues si yo hubiera sabido dónde daban las 125 pesetillas que, curándose en salud, decía un republicano carnicero que daban los monárquicos, y para hacer alarde de su integridad electoral, voy por ellas; ¡vaya si voy! Porque me consta que soy elector, aunque preterido por unos y otros, si bien dice la lista *que no soy elegible* (de lo que me alegro mucho, porque eso no hace falta para nada), que es como si dijera que no soy armado caballero, que es lo que le pasaba á Pidal, y vivía tan campante, siendo Ministro y Presidente del Congreso dignísimo.

En lo único que tiene razón la lista es en el que sigue después: ¿Sabe escribir? No.

Porque de esto no me puedo quejar. Es indudable que no sé escribir como Valera ó Menéndez Pelayo.

GERARDO RODRIGO

UN CONSUELO

PENSAMIENTO ALEMÁN

Sin maldecir tu destino,
soltera, si no te casas,
sigue alegre tu camino:
de las uvas se hace vino
y con tuvas se hacen pasas.

El tiempo, con su acidez,
muy agrios vuelve, tal vez,
añejos vino y amor:
las pasas, en la vejez,
guardan su dulce sabor.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

ESPECTÁCULOS DE LA DECENA

Es verdaderamente inaguantable la frivolidad y la falta de gusto literario de las que se llaman nuestras clases directoras; y lo digo á propósito del entusiasmo y la humildad con que han llenado el teatro de la ZARZUELA para asistir á las representaciones de los Coquelín.

Lo mismo el hermano mayor que el menor han tenido y tienen mérito indiscutible; pero cuando hacen lo que se llama en París una *tournee pour l'Espagne et le maroc*, se traen un personal en sus compañías que, sin ofenderles, no han pasado del teatro de Batignolles, si es que han trabajado en la ciudad Lumier.

Y el público distinguido, que se mete con cualquier artista español en cuanto hace un gesto que no le place ó no viste de manera que le agrada, tolera sin protesta actrices y actores, probablemente porque en su mayor parte no los entiende.

Además acepta un género que, si fuera de autores españoles, puede que les tiraran las butacas. Aquel inglés de buen corazón, no loco, sino memo, y aquella niña y aquel hostelero, en el teatro Cómico hubieran producido una verdadera grita.

En esta época, en que la generación nueva habla tanto, y con razón, del teatro tendencioso y que debe hacer pensar, solamente á una compañía francesa se la tolera la resurrección de *Made-moiselle de la Seiglière*, y se aplaude y se oye á aquel comandante de húsares, que más que otra cosa parecía un domador.

En el mismo teatro de la ZARZUELA hemos visto hace pocos meses otra compañía francesa que declamaba á la moderna, y la hemos aplaudido, y es inexplicable que el mismo público se entusiasme con una escuela de declamación como la de Coquelín tan pasada de moda en Francia mismo. Respecto á la obra, sólo los que realmente acaban de llegar de Poitiers se entusiasman con las agudezas del abogado Destounelles.

Del teatro clásico francés, que me explico que, como el español, tenga en París su público, el 75 por 100 del nuestro no tiene ni la menor idea, y van hasta las clases distinguidas, dispuestas á creer que el autor de *Tartuf* escribe á diario en el *Figaro*.

Lo que no me explico es que espíritus tan finos como Pepe Laserna, y Arimón, y Sanchis, y Manuel Bueno y otros muchos no tengan la franqueza de decir en sus periódicos que esta compa-

ña francesa, tal como se nos ha presentado, reconociendo los méritos de los Coquelín, constituye, sin embargo, lo que por aquí llamamos una verdadera lata.

De los circos puedo decir á ustedes poco; como Abril *ha vuelto el rabo* y yo me constipo con mucha facilidad—cosa que ya sé que á ustedes les tiene sin cuidado, pero á mí no,—los frecuento muy poco y habrá que dejar la parte de títeres para otra decena.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

UN DRAMA EN EL DESIERTO

I

Por la candente arena del desierto
que un sol de fuego sin piedad calcina,
envuelta por la cálida neblina
la caravana va sin rumbo cierto.

Con su blanco albornoz, casi cubierto,
sobre el camello el árabe camina;
por el bochorno amodorrado, inclina
la frente, ni dormido ni despierto.

De pronto los camellos se detienen,
se agitan en confuso remolino
y en son de alarma sumergido atruena.

Por instinto al peligro se previenen,
barruntando que avanza en su camino
el *simoun*, la tempestad de arena.

II

Cárdena bruma de la tierra brota
y aumenta los rigores del bochorno;
el inmenso arenal parece un horno
y el aire quema cuando el rostro azota.

La amedrentada caravana nota
que el *simoun* extiende su contorno,
y mira con espanto, de ella en torno,
la parda arena que en el viento flota.

Gritos de angustia y de temor se escuchan,
los tímidos camellos se desmandan
y por huir atropellados luchan.

Con el pavor aumenta el desconcierto,
al ver que se repiten y se agrandan
las olas de la arena del desierto.

III

Se nubla el horizonte y se oscurece,
el horrible huracán se desenfrena,
y al ver las trombas de menuda arena
hasta el más esforzado desfallece.

La noche avanza y el peligro crece,
cada vez más y más se desordena
la caravana, y de pavor llena,
ni al jefe ni á los guías obedece.

Todos allí en montón se arremolinan,
y al ver que ya la resistencia es vana,
con la horrible blasfemia á Dios insultan;

Pero los trombas sin cesar se hacinan,
y envolviendo á la pobre caravana,
bajo un montón de arena la sepultan.

IV

Pasó el turbión: los vastos arenales
la noche envuelve con su negro velo,
y otra vez aparecen por el cielo
las estrellas, cual lípidos fanales.

Aullan á lo lejos los chacales,
únicos moradores de aquel suelo,
y al olor de la carne, sin recelo
avanzan por los yermos eriales.

La luna se destaca en el Oriente
derramando sus rayos plateados;
todo está igual que ayer, todo lo mismo;

Cuando pase otro día nueva gente,
verá un montón de huesos calcinados,
restos del espantoso cataclismo.

SANTIAGO IGLESIAS

CONTINUACIÓN

II

Recuerden quienes hayan leído mi anterior artículo que las hipócritas promesas de Fernando VII fueron publicadas cuando el autor gozaba de toda su absolutista libertad, aunque terminaron el 30 de Septiembre de 1823.

Pues bien: á las veinticuatro horas, esto es, el 1.º de Octubre del mismo año, arrojando la máscara, se explicó así por medio de un Real decreto:

«Bien públicos y notorios fueron á todos mis vasallos los escandalosos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al establecimiento de la democrática constitución de Cádiz en el mes de Marzo de 1820; la más criminal traición, la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo á mi Real persona y la violencia más inevitable fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis Reinos, con un Código democrático, origen fecundo de desastres y desgracias.

»El voto general clamó por todas partes contra la tiránica Constitución; clamó por la cesación de un Código nulo en su origen, ilegal en su formación, injusto en su contenido; la Europa entera determinó poner fin á un estado de cosas que era el escándalo universal; y encargada Francia de tan santa empresa, en pocos meses ha triunfado de los esfuerzos de todos los rebeldes del mundo (¡Poeta!) reunidos, por desgracia de la España, en el suelo clásico de la fidelidad y lealtad. Mi augusto y amado primo (menos primo que los españoles) el Duque de Angulema, al frente de un ejército valiente vencedor en todos mis dominios, me ha sacado de la esclavitud en que gemía, restituyéndome á mis vasallos fieles y constantes.

»Sentado ya otra vez en el trono de San Fernando por la mano sabia y justa del Omnipotente, por las generosas resoluciones de mis poderosos aliados y por los denodados esfuerzos de mi amado primo el Duque de Angulema y su valiente ejército (que de nada sirvieron á Carlos X), deseando proveer de remedio á las más urgentes necesidades de mis pueblos y manifestar á todo el mundo mi verdadera voluntad (confesión de que antes usó la falsa), en el primer momento que he recobrado mi libertad he venido en decretar lo siguiente: Primero. Son nulos y de ningún valor todos los actos del Gobierno llamado constitucional que ha dominado en mis pueblos desde el día 7 de Marzo de 1820 hasta hoy 1.º de Octubre de 1823, declarando, como declaro, que en toda esa época (período, ignorante!) he carecido de libertad, obligado á sancionar las leyes y á expedir las órdenes, decretos y reglamentos que contra mi voluntad se meditaban y expedían por el mismo Gobierno. Segundo. Apruebo todo cuanto se ha decretado y ordenado por la Junta provisional de Gobierno y por la Regencia del Reino, creada aquella en Oyarzum el día 9 de Abril y ésta en Madrid el día 23 de Mayo del presente año, entendiéndose sucesivamente, hasta tanto que, instruido competentemente de las necesidades de mis pueblos, pueda dar las leyes y dictar las providencias más oportunas para causar su verdadera prosperidad y felicidad, objeto constante de todos mis deseos.»

Esta fué la letra; los hechos siguientes pondrán el espíritu de relieve.

Un tal Rodríguez (alias *El Tocinero*), premiado luego con la administración de la Aduana de Valencia, en unión de D. Antonio Ugarte Larrazabal, obsequiado luego con la Embajada de Turquía, se dedicó á formar listas de proscripción que fueron aceptadas.

El mismo día 1.º de Octubre fué disuelta la compañía de Alabarderos, quedando sus individuos en la indigencia.

El defensor de Tarifa, D. Francisco Copons, sufrió la misma suerte, siendo sustituido por el clérigo Don Víctor Sáez, á quien se apodaba *verdugo sin título* y al que se nombró confesor de S. M. y Ministro de Estado, confiriéndole el ejercicio libre de Ministro universal; éste, por decretos de 7 y 17 de Noviembre,

dispuso que los individuos que hubieran pertenecido á las Cortes, Consejo de Estado, Tribunal Supremo, Secretarías del despacho, ó hubiesen sido Comandantes generales, Jefes ú Oficiales de la Milicia Nacional, no pudiesen entrar en Madrid, ni Sitios Reales, ni acercarse á ellos en un radio de 15 leguas.

En 13 de Julio de 1824 mandó despojar de sus propiedades á los Regidores hereditarios que hubiesen dado muestras de adhesión al sistema constitucional.

Fueron borrados perpetuamente de la lista militar los regimientos de Lusitania y Guadalajara, que habían rechazado á los bandidos acaudillados por Bessieres, libertando á Madrid de los saqueos y violencias de aquellos foragidos, los cuales tuvieron valimiento bastante para conseguir la destitución del benemérito General D. José de Zayas.

Se restablecieron los conventos de frailes, suprimidos por las Cortes el 1.º de Octubre de 1820; con ello se puso de manifiesto la tendencia, que continuó así: Se devolvieron á los Jesuitas las casas, colegios, bienes y rentas que habían pasado á manos legas, y se ordenó que el crédito público no interviniese más en los atrasos y beneficios de sus temporalidades. Se eximió á los frailes del arbitrio de consumos, y del servicio militar á los novicios de las órdenes religiosas. Anuláronse las disposiciones testamentarias hechas por los exclaustrados á favor de sus parientes. Se restableció el diezmo, dando al decreto efecto retroactivo. Declaráronse nulas todas las redenciones de censos, y se ordenó que los censuistas que ya las habían pagado volviesen á pagar á las comunidades religiosas las pensiones vencidas.

En vano la Sociedad Económica de Madrid, en luminoso informe, aplaudido con entusiasmo por Jovellanos y que apreciaron en Francia como digno de Turgot y como propio de Smith en Inglaterra, había dicho que «el descubrimiento de América dió á la navegación, al comercio, á las artes y á la industria un impulso y una opulencia á cuyo influjo tomaron cuerpo las fundaciones de conventos, cofradías, patronatos, capellanías, pías memorias y aniversarios, que habían venido á ser los dogales de la riqueza agonizante, siempre generosa, ora la moviesen los estímulos de la piedad, ora los consejos de la superstición, ora los remordimientos de la avaricia; agregando que, de aquella antigua abundancia, restaban sólo los esqueletos de las ciudades populosas, antes llenas de fábricas y talleres, de almacenes y tiendas, y á la sazón pobladas sólo de iglesias, hospitales y conventos, sobreviviendo á la miseria que habían causado, sin que ningún dique ni barrera alguna bastasen para contener los esfuerzos de la codicia y la superstición reunidos en un mismo intolerable propósito.»

En vano fué que hasta el vulgo hiciera amargos chistes diciendo que de Medina del Campo sólo quedaban los campos yermos de Medina.

Todo en vano; la Congregación del Índice había prohibido el 5 de Septiembre de 1805 la lectura de los escritos de Jovellanos, y aquello tuvo influjo para destruir hasta los vínculos de la familia, toda vez que el Cardenal Cisneros, sobrino del ilustre autor de la ley Agraria, llegó á publicar desde Encinasola una Pastoral contra los actos de su tío, acusándole del imperdonable pecado de haber escrito «que la libertad de opinar, escribir é imprimir debía mirarse como absolutamente necesaria para el progreso de las ciencias y para la instrucción de las naciones».

¿Cómo no había de ser en vano si hasta se olvidó que Carlos III tenía dicho en la Novísima Recopilación que «la ambición humana había llegado á corromper lo más sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, inducían con varias sugerencias á los penitentes, y más á los que estaban en artículo de muerte, á que les dejasen sus haciendas con título de fideicomisos, ó con el de distribuir las en obras pías, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto ó fundar capellanías, de lo cual provenía que los legítimos herederos quedasen defraudados, siendo el daño gravísimo y mayor el escándalo, por lo cual declaraba nulas la multitud de tales mandas violentas, dispuestas con persuasiones y engaños?»

¿Cómo no había de ser en vano, si nada enseñaron

al Rey las pérdidas del Perú, Nueva Granada, Caracas, Buenos Aires y Méjico?

Tal fué, hasta 1828, la tendencia del Rey; estimó, sin duda que así lograría la vida eterna, y debió decirse: ¡Piérdase el Reino, si con ello consigo la salvación de mi alma!

DANIEL BALACIART.

EN UN ABANICO

Tu abanico me mandas
gentil amiga,
rogando que unos versos
en él escriba.
Y yo, obediente
los hago, codicioso
de complacerte.

Como vales millones,
sabe que envidio
la suerte venturosa
de tu abanico.
Porque comparte
contigo los placeres
y los pesares.

Él respira el ambiente
que te rodea;
Tú con él te adormeces,
con él despiertas.
Y es en tu mano
varita de virtudes,
cetro de encantos.

Él oculta á las veces
tu cara linda,
si el pudor se colora
en tus mejillas.
Ó ya se mueve
perezoso al impulso
de tus desdenes.

Cuando te arma el capricho
sus tempestades,
lo conozco en el cierre
del varillaje,
que cruje rápido
á la par que destellan
tus ojos rayos.

Mas ¡ay! que tu abanico
tendrá su muerte
cuando moda voluble
así lo ordene.
Y hora tras hora
mis versos se habrán ido
de tu memoria.

Ecós que se disipan
son mis cantares:
arroja el abanico
que te dió aire;
pero no olvides
que es tu mejor amigo

ENRIQUE PRINCIPE.

EL CONFIDENTE DEL REY

III

Prosiguiendo la interrumpida narración, digo que Rui Díaz de Linares y de Encinas, joven y dotado de espíritu emprendedor y de sagaz inteligencia, quiso vivir donde hubiera más ruido y agitación que en sus montañas solariegas. Provisto, pues, de todos sus no-

bles apellidos, que no eran poca provisión, y de un buen puñado de amarillos y relucientes doblones de a ocho, que de las orzas ocultas en la bodega se dignó sacar el padre y poner luego en fuerte bolsa de restregada piel de oso; ceñida la espada de su abuelo, y guardando con la bolsa en la escarcela un extenso memorial, en que constaban sus méritos genealógicos y sus deseos laudables de servir á Dios y al Rey en la guerra contra herejes y contra enemigos de su patria, Rui Díaz montó á caballo. Santiguóse por principio de la empresa; miró por la vez postrera, y con ojos de dolor, á su hermosa hermana Inés y á los hermanos y criados, que en la *portalada* despidiéndole estaban cariñosamente, y recibida la bendición que desde la ventana sobre la cual estaba el escudo heráldico le envió su noble padre, detrás del que la madre también, aunque silenciosa y derramando lágrimas, le bendecía, pidiendo mentalmente á la Santísima Cruz amparo para aquel hijo contra todos los peligros de la vida, el mozo empuñó las bridas, arrimó espuela al caballo, le obligó á girar, y comenzó la jornada por el angosto y áspero camino, descendiendo desde la aldea de Tanarrio hasta la orilla del Deva. Desde allí siguió; y caminó tanto, tanto, que al anoecer de aquel día se apeaba de su cabalgadura en tierra de Castilla, á la entrada de una mala venta, distante siete leguas, poco menos, de la casa en que al salir el sol había dejado Rui á sus padres.

A la primera jornada siguieron otra y otras más, hasta muy regular número, al fin de las cuales el mozo puso á buen recaudo al jaco y alquiló para sí mismo un aposento en la primera posada que vió abierta en la Cava Baja de Madrid.

Cuando estuvo ya en la Corte, ¿consiguió lo que deseaba? Sólo me consta que el señor Rey Felipe II le hizo merced de recibirle con agrado, y que hallándose por entonces otro hidalgo lebaniego, Capitán Alonso de Cosgaya, guarneciendo con su compañía «los presidios», ó sean las plazas fuertes de la provincia de Guipúzcoa, nuestro Rui Díaz de Linares y de Encinas pasó, por consejo del Monarca, á la plaza fuerte de Fuenterrabía, donde, como cabo de escuadra de la compañía mencionada, dió principio á su carrera militar el día 28 de Enero de 1563, según se expresa en el certificado que á 11 de Mayo de 1603 fué expedido en aquella misma plaza fuerte por «Martín de Aróstegui, veedor y contador de la gente de guerra, obras y armadas de la provincia de Guipúzcoa por S. M^a». Tenía entonces Rui la edad de diez y nueve años, puesto que había nacido en el de 1544, á los diez y siete días de Junio.

En las montañas de Liébana el mozo salía libremente de su aldea para enamorar á las agraciadas hijas ó hermanas de otros mayorazgos del país, las cuales, ataviadas con trajes pintorescos y sentadas en risueño grupo á la sombra de grandes nogales junto al río, presenciaban durante las tardes de días festivos el juego de bolos en que hacían alarde de su habilidad los jóvenes hidalgos, reunidos de varios pueblecitos próximos y que están situados todos dentro de la demarcación del mismo valle. O con uno ó dos amigos, y muy pocos monteros, empleaba las mañanas en recorrer las vallejas y las cumbres de enmarañados y sombríos bosques para matar grandes jabalíes ú osos fieros; poniendo luego las reses muy extendidas en un carro engalanado con flores, ramas de árboles y sonoras campanillas, yendo así, como en triunfo y recibiendo plácemes, por una aldea y otra, rodeando intencionadamente y haciendo resonar el eco con penetrantes *ujujúes*, hasta el pueblo en que, antes de distribuir á los cazadores lo utilizable de la caza, celebrábase animado banquete, á que eran invitadas y asistían en pleno las familias más ricas de todo el contorno.

Solía también el inquieto joven salir solo de su casa, armado con pesado arcabuz ó con voladoras flechas, subir monte arriba de su aldea, y, por asperísima *canal*, llegar hasta las altas cimas de los Picos de Europa, donde, acechando rebezos, ponía sobre sus hombros el primero que mataba, y por entre precipicios espantosos regresaba contento á la mansión de sus padres cuando ya era hora de freir la asadura de aquella res para cena.

Aquellas robustecedoras expansiones de la independiente vida montañesa, ¿merecían haber sido cambiadas por el enervador placer de la bebida ó del juego, en la forzosa quietud de un cuerpo de guardia ahumado y triste? Cuando muchas veces, de pie sobre las admirables alturas de los magníficos Picos de Europa, había fijado la vista con vehemente afán, por un lado en las dilatadísimas llanuras de Castilla, por otro en la extensión inconmensurable del Océano, viendo reverberar en torno suyo, con la esplendente irradiación solar en la sublimidad de los espacios, las risueñas comarcas de los indómitos cántabros, de los valientes astures, de los bravos leoneses, de los caballerosos castellanos, cuyo glorioso pendón flotaba por testimonio de inclitas hazañas en toda la redondez de la tierra, ¿pudo imaginar el joven y animoso montañés que aquel mundo, lleno de maravillosas historias y que le incitaba á traspasar los límites estrechos de su natal pacífico país, quedaría reducido para él al pequeño espacio circuido por los pobres muros de Fuenterrabía? ¿Para esto había salido de entre los alegres y floridos valles lebaniegos, y había renunciado á los deliciosos y sublimes éxtasis con que purificaban y engrandecían el espíritu del joven los indefinibles y misteriosos ruidos de los bosques, la melancolía de las hondas soledades, la albuza de la nieve en el silencio de las cimas peñascosas, el rodar de los torrentes en la profundidad de los derrumbaderos, la vegetación exuberante y de colores múltiples en las cumbres, laderas y explanadas, el aterrador paso de la negra tempestad por las imponentes asperezas del poco extenso horizonte, la cadencia de los cánticos de aldea repetidos por el eco de las arboledas y montañas en la suave languidez de los crepúsculos, y los innumerables encantos de la existencia en sosegados pueblecillos? ¿Para esto había dejado que, por su ausencia, estuvieran derramando silencioso llanto en el retiro del hogar, todas las noches, sus ancianos padres, su hermosa hermana, sus cariñosos hermanos, todos los seres queridos de su corazón?

No.

Rui Díaz de Linares y de Encinas no había aspirado á dejar todos los goces que tenía en su vida de la aldea por el único placer de estar haciendo servicio de guarnición en una villa murada. Por esta razón, muy pronto pidió licencia al Rey para servir en uno de los tercios españoles que defendían nuestros extensos dominios en Italia, y allá marchó, mereciendo luego, por lo que hizo allí, ser á su regreso á España nombrado, con fecha 14 de Diciembre de 1570, Alférez de la compañía del Capitán Martín Esquivel.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

(Continuará.)

A MARTA C... EN SU ALBUM

SONETO-CHARADA.

De jugar con tu nombre tengo antojos;
amar dice sin t; ¿quién no te *ama*?
arma resulta luego; luego *rama*,
 de jazmín lo eres tú, y arma tus ojos.
Mata el rayo cruel de sus enojos
 al que de tu desdén arde en la llama,
 y *ata* tu ingenio la invisible *trama*
 de que son corazones los despojos.
 Oro y brillantes no: yo robaría,
 si *rata* me volviera, tu hermosura;
ara tu pecho de mi amor haría,
 y libre del afán que me tortura,
 con tan preciosa carga cruzaría
 el *mar* de la ilusión y la ventura.

MANUEL DEL PALACIO.

DICHARACHOS DE LA DECENA

Elecciones generales; carrera de automóviles; millares de médicos congregados en Madrid.... La verdad es que nunca la tranquilidad de los es-

pañoles ha estado más amenazada. No es fácil determinar dónde está el mayor peligro; sin embargo, atendiendo al número y guardadas las proporciones, creo que lo primero que ha de esquivarse es el encuentro con los señores del tef-tef. Decididamente, un automóvil de 100 caballos lanzado á toda velocidad es mucho más peligroso que una ponencia de higienistas, ó que una mesa electoral sinceramente dispuesta á todo.

Pero ahora resulta que los cultivadores del nuevo deporte están entusiasmados con las carreteras españolas, que nosotros creíamos detestables y á ellos les han parecido magníficas. Es probable que tengan razón; hemos necesitado siempre que vengan los de fuera á descubrir nuestras cosas buenas: los alemanes nos enseñaron que aquí había nacido un tal Calderón; los ingleses arañaron los primeros en las minas de Bilbao; gracias á los Humbert caímos en la cuenta de que nuestra policía, antes tan censurada, es un dón que con la unidad religiosa nos envidian las naciones extranjeras.... Somos incorregibles; jamás por nuestra propia voluntad hemos procurado «enterarnos». Siglos llevábamos de dominación en América, y al terminar, muchos españoles, Ministros inclusive, aprendieron la geografía cubana; conocieron sus ciudades, sus ríos y sus montes por el sistema del dómine: á fuerza de golpes.

*
* *

Ya que he mencionado á los Humbert.... Desde que los cogieron no había vuelto á disfrutar nuestra villa y Corte de la dulce notoriedad mundial. La suerte parecía querer favorecerlos: Abarzuza, dando el brazo á Delcassé y á lord Lausdowne, acababa de constituirse en consulta á la cabecera «del hombre enfermo»; entrábamos en el concierto europeo. Vino la detención de los estafadores, y en todo el globo se hablaba de Madrid y de su calle de Ferraz; en los más apartados rincones del «continente negro» y en las enmarañadas selvas austrialianas se oían en idiomas inverosímiles diálogos como este:

—Por fin prendieron en Madrid á los Humbert...

—¡Madrid!... Y eso ¿hacia dónde cae?

—Es la capital de España, nación europeizante; ahora mandan allí los gamacistas....

Pasados aquellos días, nos hundimos de nuevo en nuestra somnolencia y en el olvido. Afortunadamente, otra vez estamos sobre el tapete; de todas las naciones civilizadas han venido sabios con levitones y sombreros increíbles, y los pobres madrileños andamos que no nos llega la camisa al cuerpo: los extranjeros, calado el lente, nos examinan con curiosidad.

*
* *

Como la familia modesta que recibe un huésped «de cumplido», nos recomendamos mutuamente la prudencia, la circunspección, sacamos servilletas limpias y gruñimos á los chicos.... para que no metan la pata. No han faltado los indispensables festejos con banquetes, funciones de gala, excursiones y cierre de la Biblioteca Nacional. Aquí, ya se sabe, en cuanto ocurre algo extraordinario, bueno ó malo, ó como quien dice, caen cuatro gotas, ¡zas! doble llave al Palacio de Recoletos. Lo contrario de lo que sucedía en aquel pueblo con su campana gorda, la cual, según explicaba el Alcalde á un visitante recién llegado, sólo se tocaba en casos de incendio, cuando aportaba por allí algún forastero ú ocurría otra catástrofe por el estilo.

*
* *

Organización como la de nuestra Biblioteca no la habrá, seguramente. Un inglés hispanófilo que

se asombraba contemplando el edificio de nuestro Ministerio de Fomento y me decía que en él podrían instalarse todos los de Londres, quiso conocer el edificio de la calle de Serrano y Recoletos, y en el camino me preguntó, entre otras cosas, si daban muchas facilidades para la lectura de libros.

— Infinitas — le contesté yo; — figúrese usted: no cuesta dinero entrar, no exigen partida de nacimiento, certificado de buena conducta, ni cédula personal. No es preciso justificar que se está libre de quintas, ni al corriente en el pago de la contribución, ni que se ha cumplido con la Iglesia. ¿Pide usted un libro? Pues se lo dan, sí, señor, sin ofrecer caución, prenda pretoria ó fianza bastante á juicio del Bibliotecario. ¿Que tiene usted el capricho de quedarse sin almorzar por aprovechar el tiempo, porque las horas de lectura dan para poco? Pues no le obligan á que se vaya, y cuando suena la hora de largarse no le registran, ni nada.... En fin, muy bien.

— ¿Compran muchos libros?

— ¡Pché! Regular.... En esto llegamos á la Biblioteca.

— Vea usted esa magnífica verja. Medio millón de pesetas....

* * *

En el programa de festejos en honor de los médicos ha faltado esta vez una corrida de toros. Alguien la propuso, sin embargo, á título de espectáculo nacional. Con ese criterio hemos podido ofrecerles una borrachera en las Ventas ó una bronca en las Injurias, que son productos no menos típicos y característicos de esta tierra. ¡Lástima que algún Roghí de aquende el Estrecho no haya venido á ofrecerse para dar algunas representaciones del popular drama que tanto éxito tiene al Norte del Atlas!

El Gobierno ha debido llenar ese vacío con otros números que, bien encargados, hubieran dejado turulatos á los extranjeros; por ejemplo, unos juegos florales y un *meeting* anticlerical con carreras, pedradas, rotura de cristales y seis planas en los periódicos de mayor circulación.

* * *

He visto un proyecto en que los Padres Escolapios anuncian, describen y encomian cierto colegio por ellos sostenido, y así, como quien echa el resto, dicen.... "los alumnos se lavan los pies una vez al mes." ¿Eh, qué tal? ¿No hablaban ustedes de higiene, saneamiento, etc.? Pues ya lo tenemos. Me figuro á un respetable padre de familia, de esos que eran niños hace cincuenta años—cuando en Madrid no se bañaba nadie más que el Duque de Osuna — apresurándose á meter en ese establecimiento á sus tiernos vástagos, satisfecho por haber puesto á su alcance todos los refinamientos de la cultura moderna.

Pero es lo que dirán los Escolapios si alguien les va con historietas:

— ¡En el Instituto no se los lavan nunca!

* * *

Traído y pagado por los Luises, M. Brunetière dió una conferencia en el teatro de la Princesa, sobre la caridad. Además del Obispo de Sión asistió todo el Madrid que presume de hablar francés y vestir buena ropa. A todas las señoras les supo á poco el brillante discurso de M. Brunetière. ¡Qué elegante, qué pulcro y atildado en el decir, qué persuasivo y elocuente estuvo el ilustre disertante! La verdad es muy dulce y amable cuando se pregonan en parisién. ¡Qué inmensa distancia—me decía una señora — entre este sermón dicho por un

señor sin sobrepelliz ni nada, vestido de levita, el pelo en bandos y bigote á la borgoñona, y los que pronuncian esos frailazos barbudos, vestidos de sayal! ¡Esos franceses tienen una habilidad para hacer las cosas!.... ¡Siquiera no la asustan á una!....

Las oyentes convinieron en que es preciso ejercer la caridad; la ejercerán, sin duda. En cuanto se queme un pueblo, comiencen las inundaciones ó "haya que hacer hilas", se entregarán con furor al baile lo más caritativamente posible!

* * *

Copio á la letra de un documento judicial redactado por un ex Ministro de la Corona:

"..... 5.º Considerando que el Juez de X. obró conforme á derecho al proceder contra D. Fulano de Tal y Tal, que había blasfemado de Dios y sus Santos, según previenen las disposiciones vigentes...."

¡Y no hubo un rayo del cielo que aniquilara al cuitado!

SALVADOR RODRIGO.

EL ALFARERO

APÓLOGO

Amasis, nacido en Menfis, aunque de origen plebeyo, ser soberano de Egipto logra por sus altos hechos.

Ningún compatriota suyo niega sus merecimientos, todos ensalzan su gloria nadie discute su genio, pero no hay quien le dispense lo humilde del nacimiento, pues en verdad, aquel hombre antes de empuñar el cetro modeló bastante barro en su taller de alfarero.

Harto ya Amasis de verse blanco de tal menosprecio, á darle se determina una lección á su pueblo.

Cuentan que dicho magnate, entre infinitos objetos á cual más rico y precioso, tenía en su alcázar regio una enorme palangana de cuatro arrobas de peso, toda de planta maciza, donde según un precepto, debían los convidados lavarse los pies, al tiempo de penetrar en la cámara destinada á los festejos.

Pues bien, de aquel artefacto, Amasis, con gran secreto, manda fabricar un ídolo y colocarlo en un templo, y ante aquella nueva imagen, que simboliza lo eterno, todo el mundo se arrodilla con religioso respeto.

Una tarde en que el gentío era de los más selecto, súbitamente aparece tras de su ídolo el egregio Amasis, y estas palabras pronuncia con grave acento:

«Compatriotas, que no súbditos, (aunque me asiste el derecho para aplicaros tal nombre

por la postestad que ejerzo) huélgome al ver tanta muestra de humildad, tantos extremos de adoración ante un ídolo, de todos el mas moderno. ¿Y sabéis de qué materia los artifices lo han hecho? Pues de aquella palangana dispuesta para el aseo de los pies en mis banquetes. ¿Pondrá darse más modesto origen? ¿Nada más bajo, despreciable, ni burlesco? ¿Y qué os importa á vosotros si halláis divinos reflejos en la imagen? Pues entonces, la materia es lo de menos, la consagración lo es todo y aquí tenéis el ejemplo.

También yo de humilde origen, por suerte ó merecimiento logré ceñir á mis sienes la corona de un imperio.

No olvidaré nunca el barro que manejaron mis dedos, tampoco olvidéis vosotros lo que hoy aquí represento.

Y unos pongan la modestia y otros pongan el respeto....
*y honrad en mí al soberano,
que yo honraré al alfarero.»*

MARCOS ZAPATA

UNA AMIGA DE NAPOLEON III

A la bondad de un amigo residente en París, y que no obstante el trabajo que le abrumba en el batallador periódico *La Libre Parole*, del cual es uno de los más antiguos redactores, debo el envío de un volumen primorosamente editado por la casa Plange, titulado *La Marquise de Crenay; une amie de la Reine Hortense et de Napoleon III*, y cuyo autor es Mr. H. Thirria, el mismo que ya hace algún tiempo publicó otra obra *Napoleón III avant l'Empire*, que tan profunda sensación causó en los círculos literarios y políticos de Francia.

Trátase en ellos de la vida, amistades y relaciones del entonces joven Príncipe Luis Napoleón, cuando vivía en Suiza al lado de su madre la hermosa Reina Hortensia desde la caída de Napoleón I.

Perdida la corona de Holanda con que ella y su marido habían sido agraciados, usaba solamente el título de Duquesa de Saint-Leu, esperando pacientemente que las divisiones entre los servidores de la restauración borbónica y el naciente crédito del Duque de Orleans diesen al traste con el vetusto trono de Carlos X y volviese á sonreír la fortuna á las águilas imperiales de Austerlitz, Marengo y la Moscowa.

Avalora el volumen de que trato una porción de cartas inéditas de los principales personajes políticos de aquella época, y entre ellas algunas muy notables de la indicada Reina Hortensia, de su hijo el Príncipe Luis, de la Duquesa de Berry, etc., que dan gran realce y verdadero valor histórico al trabajo de Mr. Thirria, esclareciendo algunos hechos que se reputaban dudosos por muchos historiadores, y que se relacionaban directamente con los proyectos matrimoniales del expresado Príncipe y las dificultades que á los trabajos de la Reina Hortensia oponían los Gobiernos que se sucedieron en Francia en los últimos años de los Borbones y en los primeros de Luis Felipe de Orleans, *Rey de los franceses* por obra y gracia de la revolución de 1830.

Cuenta en su libro Mr. Thirria cómo, luego de haber peregrinado la Reina Hortensia de Ginebra á Aix, en la Saboya, después á Carlsruhe, luego á Auesburgo, compró por último el castillo de Arenenberg, en el cantón de Thurgovia, deliciosamente situado sobre el

lago de Constanza y rodeado de árboles, hermosas praderas y rumorosas cascadas, estableciéndose allí definitivamente con su hijo y siendo desde entonces el centro en que se fraguaban todos los trabajos para una rápida restauración bonapartista.

Aunque afable y bondadosa, no llegaba la condescendencia de la Reina Hortensia hasta el punto de tratar con cierta intimidad á los ramplones hidalguelos que vivían en las cercanías de su castillo, y por lo tanto vió con extremada complacencia la llegada á sus cercanías del Marqués y de la Marquesa de Crenay, que asustados por la revolución de Julio, que volcó el trono de Carlos X, huyeron de Francia, como otros muchos, temiendo los horrores de un nuevo 93.

Bien pronto la amistad más cordial se estableció entre los Marqueses de Crenay y los huéspedes de Arenenberg, no obstante las ideas legitimistas de los primeros, que nunca cesaron de profesar. A esta amistad contribuyó no poco las gracias y seductores atractivos de una sobrina que con ellos vivía, llamada Luisa de Sereville, la cual, prestando mil pequeños servicios y delicadas atenciones á la Reina Hortensia, se vió bien pronto asediada por los galanteos del Príncipe Luis, que bien distinto en esto á la legendaria frialdad de su tío el primer Napoleón con respecto á empresas amorosas, inflamábase prontamente al aspecto de un lindo rostro ó de cualquiera otra perfección femenina.

Bajo el aspecto frío, reservado é indiferente que demostró toda su vida Napoleón III, aun en las ocasiones más graves y solemnes, en las que supo oponer siempre un rostro impasible, hervía su sangre á impulsos de la sensualidad más acentuada, y el hombre que oyó impasible estallar bajo su carruaje las bombas Orsini, y que fumando tranquilamente un cigarrillo recibió al Rey de Prusia que lo había vencido y le arrancaba la corona imperial, perdía toda serenidad ante una linda boca que le sonreía, ó unas perfiladas cejas que se fruncían con expresión de enfado.

Nos dice en su libro Mr. Thirria que la pasión del Príncipe Luis por la sobrina de la Marquesa de Crenay llegó á preocupar á la Reina Hortensia, pero no tan hondamente como la que al poco tiempo surgió en el corazón de su hijo por una hermosa viuda, cuyo nombre no consigna, que hizo cometer al Príncipe no pocas locuras, hasta el punto que la vigilante madre, seriamente alarmada y en previsión de que tales amoríos pudieran llegar á contrariar otros planes de enlaces más elevados que secretamente ella llevaba, resolvió alejar de Suiza al Príncipe, confiándolo al cuidado de un Sr. Cottrau y haciéndole partir precipitadamente para Londres, ea medio del dolor y vehementes protestas del enamorado joven, viaje que ejerció el apetecido remedio; pues por aquello de que *ausencias causan olvidos*, al cabo de poco tiempo era él el primero en reír y bromear acerca de tales amores.

La amistad de la Marquesa de Crenay con la Reina Hortensia y con su hijo el Príncipe Luis continuó, no obstante estos escauceos, inalterable, hasta el punto de que en las cartas que entre ellos se cruzaban se hace mención del rumor, que entonces corrió muy acreditado por algunas Cancillerías europeas, del próximo casamiento del indicado Príncipe Luis con la Reina Doña María de Portugal, rumor que provocó aquella célebre carta en la cual el Príncipe, recordando la abdicación de su padre el Rey Luis del trono de Holanda, aseguraba que esperaba tranquilo el día que la Francia le llamase, para servirla como ciudadano y como soldado, y que tal esperanza valía para él más que todos los tronos extranjeros del mundo.

Esto ocurría en 1835, y, según nos informa Mr. Thirria, hallábase entonces el Príncipe Luis completamente subyugado por las gracias de su prima la Princesa Matilde, hija de su tío el Rey Jerónimo Napoleón, y hasta llegó á tratarse seriamente del casamiento, que halagaba las ideas bonapartistas; pero ciertas cuestiones de interés, y sobre todo el fracaso de la intentona de Strasburgo, y después la prisión del Príncipe en el castillo de Han, hicieron abortar este asunto.

Más tarde se casó la Princesa Matilde con el Príncipe ruso Demidoff, deslumbrada por sus inmensas riquezas, y no fué éste uno de los menores golpes para el sensible corazón del Príncipe su primo, que siempre la

guardó profundo cariño y supo demostrárselo en los brillantes días del segundo Imperio.

Cinco semanas después de la intentona de Strasburgo, 30 de Octubre de 1836, la Reina Hortensia escribía acongojada á su buena amiga la Marquesa de Crenay, lamentándose del suceso, del cual nada había sabido, pues su hijo guardó con ella — y eso que acaso fué el sér que más amó en el mundo — un impenetrable silencio respecto á tal conspiración. Con tal motivo cruzáronse repetidas cartas entre ambas amigas, cartas que en su mayoría aparecen en la obra de que nos ocupamos, y en las que resplandecé un alto sentido político por parte de la atribulada madre, que todo lo temía de las iras del Gobierno de Luis Felipe, y una gran elevación de ideas en las de la Marquesa de Crenay, que procura desvanecer los temores de la madre sin avivar las pretensiones de la ex Reina.

Pero los presentimientos de ésta no tardaron en realizarse, pues poco tiempo después moría la Reina Hortensia, en 5 de Octubre de 1837, sin tener el consuelo de ver á su lado al hijo predilecto, en el que cifraba su orgullo y sus más elevadas esperanzas.

Después de la muerte de su madre siguió el Príncipe Luis una correspondencia muy tendida con la Marquesa, figurando en ella algunas cartas muy notables, y particularmente las dirigidas desde la prisión de Han; pero una vez evadido de su encierro y libre en Inglaterra, sufren tales comunicaciones forzosas intermitencias, no sin iguales protestas de amistad por parte del Príncipe, que repite una y otra vez *«que jamás olvidará la amistad y cariño que la Marquesa profesó á su llorada madre.»*

Pero *¡quien vive olvida!* — como dice Campoamor, — y acaso los Príncipes olvidan más pronto que nadie, sobre todo si lo que han de recordar son lealtades, desinterés y buenos servicios, y por eso vemos en el libro de Mr. Thirria, que una vez elevado el Príncipe Napoleón á la Presidencia de la República francesa, después de la caída del Trono de los Orleans, apenas si dirige de vez en cuando alguna carta ceremoniosa á la Marquesa de Crenay en contestación á las de ésta, y siempre escritas por su secretario y solamente firmadas por él. ¡Los tiempos han cambiado! A la dulce intimidad de la época del destierro y de los apuros de todo género, ha sucedido la frialdad oficial del *Jefe de Estado*, que encubierto con un falso republicanismo proyecta el cébre golpe de fuerza que colocó en sus sienes la corona imperial de Napoleón I.

Solamente á la muerte de tan excelente amiga se dignó el ya Emperador Napoleón III escribir de su puño y letra una fría y atenta carta de pésame á aquella Luisa de Sereville, objeto años atrás de sus devociones y casada á la sazón con el Conde de Sparre. En ella le dice el Emperador *«que el recuerdo de su excelente tía la Marquesa de Crenay se halla tan ligado á otros tan caros á su corazón, que jamás podrá olvidarla.»*

Y al cerrar el volumen por todo extremo interesante de Mr. Thirria, nos invade el amargor de las ingratitudes humanas, y repetimos con el poeta:

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!
¡Quién entonces, pena fiera,
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

LUIS DE CUERO PITA PIZARRO.

Á PEDRO

Aunque rareza me digas,
sostengo mis pareceres
de conocer las mujeres
por el color de sus ligas.

Y no te pienses abuso
de malévolos trabajos;
huyo á «los países bajos»,
y ni rayos X uso.

Mas la ley de la inducción
merece tanto respeto,
que convencerte prometo;
y así, préstame atención.

Liga obscura que al final
rayas pagizas apunta,
es beata toda junta
que asiste á la catedral.

Liga donde el rojo impera
como en pimienta picante,
hembra es de café cantante,
ó tiene sangre torera.

Las que negras como el cisco
usan por menos galanas,
esas cosen las sotanas
de legos de San Francisco.

Iris en todo el tejido,
y fácil y suelto broche,
llevan palomas de noche
del palomar de Cupido.

Es pública voz y fama
que liga verde botella
se pone la que es doncella
ó, al menos, así se llama.

Como el morado es pasión,
lo aprovechan en las ligas
las viudas con fatigas
por segunda bendición.

Celestes, color de cielo,
usan rubias que yo alabo,
pero que tienen un pabo
que se las caen al suelo.

Verdes que el color ondea
por su tintura indecisa
son las ligas de poetisa
que la huye Apolo, por fea.

La abrochada con botones
y de tinte indefinido,
puede decir su marido
que ella tendrá los calzones.

Amarillas y albayalde
en dos mitades completas,
son el lujo de *catetas*
que tienen al padre Alcalde.

Las parlanchinas criadas,
las que cuidan el fogón,
quieren las ligas marrón
con unas flechas bordadas.

Ligas de color de rosa,
esas sí que son las buenas,
que las gastan las morenas
en esta Granada hermosa.

Y que si alguno repara
del barro huyendo el botillo,
se ponen, viendo el tobillo,
con unos dientes de á vara.

El níveo color procura
la educanda en sus primores;
si poco duran las flores,
menos vive la blancura.

No ostenta blondas ni tules,
siempre en trabajar se afana:
es la mujer artesana
que tiene ligas azules.

Color heliotropo piden
las románticas modernas,
por si al llevarlo en las piernas
logran «que nó las olviden».

Esa que ves ha escogido
cinta obscura en el montón,
es la que teme al javón
y busca «color sufrido».

Las de listas escocesas
son las prendas de servicio
de peñadoras de oficio,
que presumen de marquesas.

De las de borlas me escapo
que el nudo se las mantiene,
mientras á el ama conviene
se caiga y las coja un guapo.

En fin, de todo ha de haber:
hay quien tomizas se ata,
mas de ella aquí no se trata,
porque es cerda, y no mujer.

—¿Aún dudas?

—Pues no me arredro:
atiende á mis instrucciones,
vete donde haya escalones,
con lápiz, «y apunta, Pedro».

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

Granada, 26 de Abril 1903.

BIBLIOGRAFÍA

El Dr. D. Eduardo Sánchez Rubio, Académico de Medicina, escritor correctísimo y bien intencionado, verdadero progresista, porque progresar no es solo ir adelante, sino ir hacia el bien, ha publicado una biografía de D. Matías Nieto y Serrano, que leyó en la Academia, en la que, dentro de una forma irreprochable, se encierra un fondo médico y filosófico que daría lugar, escribiendo á la moderna, para hacer muchos tomos. Los pensadores, los médicos, cuantos se interesan por el país, deben leer el trabajo del Dr. Sánchez Rubio, de quien no me atrevo á decir nada más, porque es de casa.

* *

En Manila, D. Francisco Javier Yanes, con el título de *El Bardo de Avon*, ha publicado un concienzudo trabajo sobre Shakspeare, que demuestra el profundo estudio literario que ha hecho del poeta inglés.

Avalora este estudio un hermoso prólogo del doctor D. José M. García Suárez, que tiene párrafos tan delicados como éste:

«Hay otro aspecto en la obra del Sr. Yanes que la hace en extremo simpática. Cuando todo lo que nos rodea se materializa y las oleadas del mercantilismo llegan hasta los altares, salpicándolos de lodo; cuando el individuo se hunde en la balumba del negocio sin darse cuenta de que tiene corazón hasta que se lo enferma la agitación febril con que persigue el oro; cuando la prensa, inventada para difundir la idea, rechina día y noche agobiada de trabajo, no para divulgar el pensamiento, sino para lanzar en todas direcciones anuncios y tarifas, prospectos y catálogos; cuando el cable submarino, en vez de ser lazo que borrando las distancias eche á unas naciones en brazos de sus hermanas, se convierte en auxiliar de las catástrofes bursátiles que llevan á tantos hogares la ruina y la miseria; cuando hasta los hombres constituídos en autoridad llegan á mirar la justicia como una mercancía, dependiendo del precio en que se cierre el trato, es verdaderamente meritorio que, robando horas al descanso, haya todavía quien sepa descubrir y disfrutar los placeres del espíritu, los goces del entendimiento y las tempestades del corazón.»

García Suárez, poco conocido todavía en la literatura castellana, es, en mi opinión, uno de los jóvenes que harán más pronto una reputación.

* *

Sebastián Gomila, de quien GENTE VIEJA ha publicado algún artículo sobre modernismo, con el título de *Duo*, ha dado á la estampa una novelita corta, muy bien escrita, con un fondo psicológico muy humano, muy real, y al mismo tiempo muy poético; y es que en la realidad de la vida, cuando se escriben trozos de ésta, y mientras el amor sea la ley eterna, en medio de la mayor realidad habrá siempre romanticismo.

* *

Dicen que GENTE VIEJA no es amiga de los escritores jóvenes y, sin embargo, yo me hago un deber en manifestar que llega á mis manos, sin más que una dedicatoria cortés, un librito de versos titulados *Salmos*, original de Luis de Tapia (David), cuyo humorismo y cuya corrección al escribir, me recuerdan á Serra y á Ramón Correa; juzguen ustedes de la desenvoltura y la gracia del autor por la siguiente composición:

«INDIFERENCIA

—Chico, los poetas
de tus verdes años
son unos maletas.
—¡Oh, qué desengaños!

—Ayala fué un bolo
que afrentó á Talía.....

—Dispensa, Manolo,
que no lo sabía.

—Tamayo es chiquito.

Bretón no es ameno.....

—Me alegre infinito
de verte tan bueno.

—Becquer es un hongo,
Serra no es artista.....

—¡Si yo no me opongo!
Vaya, hasta la vista.

—Zorrilla es insano.
Hartzenbusch se pasa.....

—Beso á usted la mano,
memorias en casa.

—El pasado es lodo.

¡Viva lo presente!

—Crea usted que todo
me es indiferente.»

Todo el libro *Salmos* rebosa de gracia y de intención; y si hubieran de citarse las preciosidades que encierra, habría que copiarlo íntegro.

Allá va otra muestra de ingenio, oportunidad y bien decir:

«El Sultán tiene canguelo,
y al que entregue el cerebello
del Roghí, le da un millón.....
Vamos, señor Cotarelo,
se presenta otra ocasión.»

Los *Salmos* de «David» serán populares entre las gentes de buen gusto, jóvenes ó viejos, avanzados ó reaccionarios.

* *

El Espiritualismo en el Arte, por LEVEGNE.—Traducción española de D. Constantino Román.

Esta interesante obra, que se acaba de publicar por la Biblioteca Científico-Filosófica, no dudamos que obtendrá el mismo éxito que todos los tomos anteriormente publicados.

Tratándose de una obra de tan grande utilidad para los artistas, lo mismo que para los profanos, juzgamos utilísima la publicación de este libro, ya que entre nosotros tan poco se ha escrito acerca de las Bellas Artes.

Obras como la presente, siempre serán leídas con provecho y acogidas con agrado por todas las personas que se interesan por la cultura de nuestra patria.

La traducción española, hecha por D. Constantino Román, acredita la escrupulosidad con que se traducen todos los libros de esta importante Biblioteca.

Forma un tomo en 8.º, esmeradamente impreso, y se vende á 2,50 pesetas cada ejemplar.

GARCI-FERNÁNDEZ.

EL PRÓXIMO VERANEO

GUIPÚZCOA

Donde no hay montaña no hay paisaje, y, aunque la llanura tenga sus encantos, precisa convenir que los valles y los términos de las Vascongadas son incomparables, y que la vida veraniega, sobre todo para los que vivimos en los grandes centros, es sumamente agradable.

Prescindiendo de la gran importancia industrial de la provincia de Guipúzcoa, sus playas y sus balnearios, y sus hoteles y sus villas amuebladas son un encanto.

San Sebastián, á pesar de todos sus prestigios, es la continuación de Madrid durante el verano. Romero Robledo hace política en un corro, luce en otro su ingenio la Marquesa de la Laguna; se devoran los periódicos, y, para que nada falte, los chicos de la prensa, tan elegantes, que todos parece que dirigen el *Correo de la Moda*, llevando al Boulevard las noticias sensacionales. Aquello es muy hermoso, pero es el mismísimo Madrid con su corte, sus ministros y sus distinciones.

En cambio Deva, Saturrarán, Zarauz, Guetaria,

Zumaya y otras playas permiten tomar un baño de cuerpo entero en la Naturaleza, y ofrecen orgías de luz y de color.

Los establecimientos de aguas, generalmente con su buena mesa, su médico-director, tan dicharachero como eminente, su salón y su señorita, que invariablemente canta al piano la canción prohibida ó el *Vorrey morir*, resultan de lo más entretenido que puede imaginarse.

¡Y la fe con que pasean el agua los que creen que *al segundo vaso van mucho mejor!*

Y los que comen en comedor particular, y creen que deben pasear con igual serenidad y tiesura su afección y su persona.

Y el gracioso del establecimiento, el que da bromas, dirige el cotillón y sentencia las prendas.

Y el buen mozo de la casa, el que *las deja penar*, é invariablemente gasta pantalón de franela á rayas, camisa con cifra, gorra blanca, y todas las tardes se viste antes de la cena.

Pues ¿y la eterna viuda que viene á las aguas por *agradecimiento*, pues aunque está hecha una manzana, la sentaron muy bien el año pasado?

Nada quiero decir del tresillista empedernido que anda siempre á caza de presbíteros—en todos los establecimientos hay lo menos cinco—para que completen el número y entregarse á su diversión.

Los domingos y los días de fiesta tienen los establecimientos un sello especial. Se toman las aguas con apresuramiento, porque hay que ir á misa en la capilla; las señoras se ponen un velo, las más despreocupadas un pañuelo, y yo he visto á una chica de la Rioja, que pretendía ser espíritu fuerte, entrar en la capilla con una servilleta en la cabeza, cogida y colocada al desgaire, cuando oyó el tercer toque y estaba acabando de tomar el chocolate.

El buen mozo se queda fumando á la puerta de la iglesia, lo que hace que la viuda, al salir, le dirija una mirada asesina y le diga en alta voz ¡judío-tel, pero con una sonrisa y mordiéndose la punta de la lengua, y con tales mohines, que demuestran el aprecio en que tiene á los enemigos del Señor.

Cumplido el sagrado precepto, y cuando en el jardín están reunidos todos los bañistas, dice el gracioso:

—Ya hemos salvado el alma; vamos á salvar el cuerpo.—Y todos se preparan para la comida, regodeándose al pensar que, por ser fiesta, habrá jamón con huevos hilados y sorbete de mantecado.

Durante la comida siempre hay uno que protesta y todo lo encuentra desubstanciado y malo. Generalmente éstos se atracan de legumbres en su domicilio. El helado suele dar lugar á que alguna mamá cariñosa, y celosísima de la salud de su niña la diga en alta voz:

—Manolita, hoy tú no tomas helado.

—¿Por qué? ¡Que se diga!—prorrumpen á voces el gracioso.

La niña se pone como una cereza, y se pasa á otro asunto.

Los hombres á tomar café, y de paso á llamar *escacha polita* á las criadas que les sirven; las señoras á hacer *crochet*, y la gente joven á jugar á los aros. Se preparan expediciones en cestas, y se ocupan todos los bañistas de hacer apetito para la hora de la cena.

Y así, poco más ó menos, los quince ó veinte días que duran las aguas, siendo cada establecimiento representación de la sociedad y pudiendo apreciarse más los defectos y las ridiculeces de las gentes, porque en el campo todos nos presentamos *en libertad*.

J. VALERO DE TORNOS

Imprenta, Juan Bravo, 5.